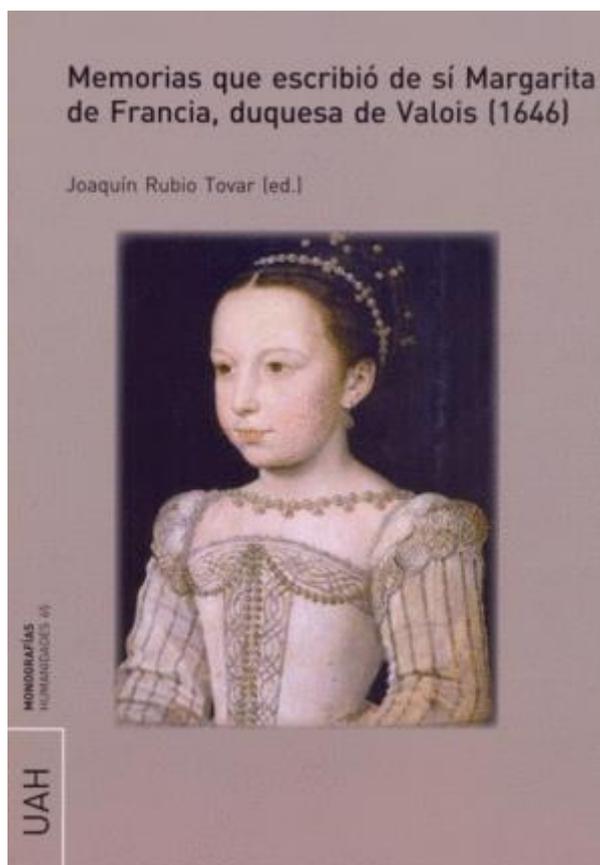


Memorias que escribió de sí Margarita de Francia, duquesa de Valois, llamada reina de Navarra, primera mujer de Enrique IV, rey de Francia, traducidas del francés al castellano por Jacinto de Herrera Sotomayor. Madrid, 1646. Estudio preliminar y edición de Joaquín Rubio Tovar. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2016. 244 pgs. ISBN: 9788416978045.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



La inventiva musa literaria de Alejandro Dumas (su novela es de 1845) y el genio cinematográfico de Patrice Chéreau (su película es de 1994) son los responsables principales, aunque no únicos, de que el nombre y el título de *La reina Margot* se hayan hecho célebres en Francia y de que no resulten desconocidos en otros países del mundo. Aquellas dos influyentes obras artísticas algo aprovecharon, tomándose un sinfín de libertades, de las *Memorias* que quien fuera reina de Navarra y de Francia, Margarita de Valois, escribió en su destierro en el auvernés castillo de Usson, en el que se vio obligada a vivir durante casi dos décadas, en los años de tránsito del siglo XVI al XVII.

Los acontecimientos que la reina Margot evocó acaecieron entre 1569 y 1581, por más que las *Memorias* hayan sido fechadas entre 1593 y 1594. Fueron redactadas, al menos en parte, como respuesta a Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, y a su *Discours sur la Reyne de France et de Navarre, Marguerite, fille unique maintenant restée et seule de noble maison de France*. Y como reacción, posiblemente también, contra libelos exagerados y malignos que en contra de ella no dejaban de circular. Margarita no había quedado demasiado conforme con la semblanza que de su persona había trazado su muy allegado y confidente Brantôme, lo cual no fue obstáculo para que pusiera el nombre de él en la dedicatoria de su propio libro. Las memorias de la reina

fueron impresas en 1628, trece años después de su muerte y al cabo de unos cuantos años de circulación en manuscritos. No pasó mucho tiempo antes de que viesen la luz las traducciones al italiano, al inglés y después (en 1646) al español.

Resume Joaquín Rubio Tovar, a quien debemos la edición y el estudio que llegan ahora a nuestras manos, que

la reina Margarita de Francia y de Navarra, también Margarita de Valois, nació en 1553 en Saint-Germain-en-Laye y falleció en París en 1615. Fue la hija menor de Catalina de Médicis (1519-1589) y Enrique II de Francia (1500-1559). Sus hermanos Francisco, Carlos y Enrique fueron reyes de Francia (Francisco II, Carlos IX y Enrique III), y sus hermanas emparentaron con la realeza europea. Isabel fue la tercera mujer de Felipe II y su hermana Claudia, llamada también Claudia de Francia, fue la esposa de Carlos III de Lorena. Por su parte, Margarita fue reina consorte de Navarra y de Francia. Estamos, por tanto, en el centro la dinastía de los Valois-Angulema, en el tronco de la dinastía de los Capetos.

La reina Margarita vivió muy de cerca las guerras civiles o guerras de religión (1562-1598), la matanza de San Bartolomé (1572) y todo género de conjuras muñidas en la corte. Su matrimonio con Enrique de Navarra, el futuro rey Enrique IV (1553-1610), fue una maniobra política de Catalina de Médicis y Juana de Albret o Juana III de Navarra (1528-1572), esposa de Antonio de Borbón (1518-1562), para lograr beneficios políticos y favorecer alianzas. El matrimonio se disolvió en 1599, sin que Margarita hubiese dado un heredero al rey.

Estos datos, y muchos más que desgrana con erudición y claridad —logro este particularmente difícil en la materia que nos ocupa— Rubio Tovar, en secciones que se detienen morosamente en “la historia, la corte, la cultura” de la reina y de aquel mundo, son guías de las que no podrá prescindir el navegante por estas memorias egocéntricas y arbitrarias, sinuosas y partidistas, reacias a profundizar en fechas y en sucesos incómodos y a plegarse a un programa narrativo articulado y equilibrado. La sobreabundancia de nombres de cortesanos (es decir, de conspiradores) y sucesos (o bien mundanos o bien violentos) que —salvo alguno excepcionalmente significativo— quedan ya muy lejos de nosotros sirve para compensar o para maquillar las obvias manipulaciones y los silencios ominosos que se advierten sembrados por aquí y por allá, según le diera la gana o fuera la conveniencia a la autora.

Las *Memorias* de la reina Margot tienen un interés incuestionable desde el punto de vista histórico —por más que reflejen una historia pasada por el tamiz de los intereses egoístas de la reina— y socio-cultural, ya que ofrecen una pintura de enorme valor del sangriento al tiempo que refinado ambiente político e intelectual que se vivió en la corte francesa en un siglo de reyes asesinos y mecenas. Y de aristócratas —hombres y mujeres— inclinados tanto a la guerra sin cuartel contra sus rivales como al cultivo o al disfrute de las artes y de las letras. No andan estas páginas muy lejos de las muchísimas que las memorias del escultor y orfebre florentino Benvenuto Cellini, que son posiblemente el texto autobiográfico más original y excesivo de su siglo —con el *Libro de la vida* de Teresa de Ávila, acaso— había dedicado a la descripción de la despiadada y exquisita corte francesa de Francisco I y a la obsesión de sus notables, que rayaba a veces en lo delincencial, por las bellas artes.

No faltaron en aquel movedizo escenario, según informa con minucia Rubio Tovar, ni los saraos y los salones literarios dirigidos por damas de la nobleza —que se adelantaron a los salones femeninos dieciochescos que fueron historiados por Benedetta Craveri en *La civiltà della conversazione* (2001)—, ni las recopilaciones de vidas de

mujeres ilustres. Ni, desde luego, las grandes autoridades políticas en femenino. La reina madre Catalina de Médicis, que queda reflejada en estas páginas como dama magistralmente autoritaria, intrigante y manipuladora, amable aliada un día y censora durísima de su hija Margarita al día siguiente, es la que queda despachada con un retrato quizás más definido y matizado, lo cual no es decir lo mismo que positivo. Sale, en cualquier caso, ganando si se compara con la pintura que se hace del rey Carlos IX (muerto en 1574), un sujeto paranoide, voluble e inclinado a la sospecha, el rencor y el crimen. Mucho más positivos son los párrafos que dedica Margarita a quien sería Enrique III, hermano y rival de Carlos y muy amado —llegaron a circular rumores de incesto— por Margarita, quien se cuidó mucho de hacerse eco de la homosexualidad o de la bisexualidad públicas de quien sería un rey que gustaba de exhibir a sus amantes varoniles, vestidos de mujer, en fiestas y torneos. No deja de sorprender la devoción de Margarita por aquel hermano al que alabó como su favorito, por cuanto él no se distinguió precisamente por la devolución de gentilezas y adhesiones.

Las tonalidades feministas que pudieran desprenderse de estas *Memorias* escritas por una reina y evocadoras de una corte en que la figura dominante era otra reina, su madre, y en que las damas de la aristocracia jugaban un papel de relumbrón se enturbian, en cualquier caso, en cuanto Margarita se pone a desgranar elogios inmoderados en favor de su avieso marido Enrique III de Navarra, luego Enrique IV de Francia: “el rey mi marido mostrando en aquella ocasión la bondad y el entendimiento que siempre le han acompañado, y detestando en su corazón aquella malicia...”. La zalamera reina Margot se empleó, por lo demás, en dar detalles muy prolijos de todas las arriesgadas aventuras y conspiraciones en que se metió para ahorrar a su esposo atentados y exilios. Y tampoco vaciló en mostrarse insólitamente comprensiva con los escarceos adulterinos notorios y con los abruptos cambios de humor y de bando de él. (No hay que olvidar que Enrique fue primero hugonote y después criptohugonote obligado a convertirse formalmente al catolicismo para subir al trono de Francia, que nunca le tembló la mano a la hora de decidir asesinatos o perdones, y que nunca le faltaron enemigos ni peligros). Obviamente, Margarita guardó silencio acerca de las aventuras extramaritales de ella misma, que debieron ser unas cuantas, aunque quizás no tantas como el rumor declaró.

Tanto más sorprenden el servilismo y la adulación desproporcionados de Margarita por cuanto que fue su esposo Enrique quien rompió la convivencia con ella antes de subir al trono en 1589, quien la forzó a un destierro de muchos años en un apartado rincón de provincias y quien consiguió la nulidad eclesiástica de su matrimonio en 1599 (año en que Margarita dejó de ser nominalmente reina consorte de Francia) para poder casarse, en el año siguiente, con otra mujer.

Todo fue, en cualquier caso, fruto de una muy bien pensada estrategia: en el tiempo en que Margarita escribió sus memorias andaba empeñada en la reconciliación, al menos política, con su esposo, que estaba ya bien instalado en el trono de Francia. Los perdones y las paces se demoraron pero acabaron abriéndose paso cuando el rey logró la anulación del vínculo conyugal con Margarita, que fue el paso previo a la autorización para el regreso a la corte y para que Margarita volviera a convertirse en figura eminente de la mundana vida palaciega de París. Llegaría incluso a tener un trato más que diplomático con su ex esposo y con María de Médicis, la mujer con la que el rey se había casado en 1600 y que le daría —con lo que quedaron bastante despejadas las dudas que hubo acerca de la esterilidad de una de las partes contrayentes del primer matrimonio— los seis hijos que Margarita no había podido ofrecerle.

Desde esta misma perspectiva —la necesidad que Margarita tenía de congraciarse con su ex esposo para que le fuera levantado el destierro— se hacen más comprensibles la animadversión que Margarita manifiesta tener en muchas páginas de sus memorias

contra su hermano Carlos IX y el aprecio que decía profesar hacia su otro hermano Enrique III: todo un catálogo de antipatías y de simpatías, de rencores y de deudas, diplomáticamente acordes con los que abrigaba hacia los tales personajes su marido Enrique IV, el que acabó ocupando el trono por el que habían pasado primero el hermano odiado y después el elogiado.

Las memorias de Margarita de Valois —que no hay certeza de si fueron escritas por ella en privado o de si fueron dictadas a algún colaborador que corrigiera por lo menos su forma— están escritas en un estilo dúctil y eficazmente comunicativo. No son ninguna obra maestra de la literatura de su época y no falta en ellas, de manera ocasional, ni el borrón constructivo ni las contradicciones y cabos sueltos que afectan al argumento. Carecen sus páginas de la sutileza de las de Philippe de Commines, a quien Margarita había leído, pero se dejan leer con interés y muchas veces con agrado. No se privó la reina de citar a Plutarco ni de dejarse influenciar por Tácito, ni de dejar sembrada en ellas alguna puntual y sutil reflexión metaliteraria.

Dedica muchísimas más páginas —con hitos de gran dramatismo, eso sí— al accidentado viaje que hizo a Flandes para tomar unos baños que esperaba que le aliviasen de la erisipela que padecía —recuérdese que el viaje de 1580-1581 de Montaigne por Alemania, Suiza e Italia, del que quedaron otras memorias, esas sí maravillosas, se hizo también con el objetivo de visitar balnearios y de remediar enfermedades— que a la catastrófica masacre de los hugonotes de la Noche de San Bartolomé, que ocurrió en la jornada del 23 al 24 de agosto, en la estela de la celebración de sus bodas con Enrique de Navarra, que habían tenido lugar cinco días antes. Da que pensar, como síntoma seguramente de la apertura de la primera Edad Moderna a ideas y costumbres que iban tomando distancias con respecto a las medievales, el hecho de que tanto Margarita de Valois como Michel de Montaigne peregrinasen no a templos que ayudasen a la salvación de sus almas, sino a balnearios en que esperaban lograr la sanación de sus cuerpos.

Margarita se dolió, por otro lado, mucho más y con mejor estilo —casi de sofisticada *novella* italiana— de la muerte por amor de su dama la señora de Tournon, que de las muchas otras víctimas, casi siempre de crímenes políticos y bélicos, que aparecen mencionadas, de manera muchas veces rutinaria o expeditiva, en su libro. El remanso del declive y la muerte de la Tournon resulta francamente emotivo, y podría funcionar como un esbozo eficaz y prometedor de *novella* interpolada de encuentros y desencuentros amorosos.

Entre las páginas más apretadas y brillantes están, por cierto, las que dedica Margarita a la descripción de fiestas, saraos, danzas y músicas cortesanas: diversiones fabulosas fueron aquellas con que le agasajó en Flandes el astuto gobernador español don Juan de Austria, quien, dando un giro radical a la cortesía con que la había tratado en el viaje de ida, intentaría sin éxito capturarla y convertirla en rehén durante su viaje de regreso. Tampoco se priva Margarita de pintar escenas de acción a veces muy movidas, en las que no se nos ahorran ni las emboscadas ni las huidas a uña de caballo, lo que no deja de recordar a tantas de las peripecias que asomaron en la vida y en los escritos del simpár Cellini, quien se pasó media vida huyendo. Para el lector en español, las informaciones que da la reina Margot acerca de la política imperial —sobre todo de la relativa a Flandes— de Felipe II, y de las indumentarias, las modas, las músicas, los entretenimientos y los estereotipos que pesaban sobre los españoles, están llenas de viveza e interés, aparte, por supuesto, de los correspondientes prejuicios.

Para quienes nos ocupamos del estudio de los discursos literarios resulta obvio el carácter convencional, prácticamente acuñado, de los cronotopos de la boda sangrienta —como la de nuestra épica doña Lambra, o la de *El conde de Montecristo* de Dumas, o la de *Kill Bill* de Tarantino—; o de la huida precipitada, con superación de corrientes

fluviales incluida —que ocupó unas cuantas páginas memorables de Propp, y que no suele faltar en ningún relato o película de aventuras—; o de las malas lenguas que nunca descansan, culpables de las desdichas que se narran en el *Cantar del Mio Cid* y execradas en todo prólogo —y en toda trama— que se precie de nuestra literatura áurea.

Cabe por ello que nos preguntemos si el papel tan relevante que adquieren tales tópicos como motores de la acción dentro de estas memorias de Margarita de Valois —especialmente destacado y afortunado en términos literarios es el trance de la muy accidentada huida a través del Flandes español hacia Francia, que ocupa el corazón mismo de la obra— no obedecería a una perfectamente intencionada y calibrada estrategia, más o menos literaria, de la autora. Bien sabría ella que el subrayado de todos aquellos episodios fuertemente patéticos, que le conferirían a ella misma una dimensión aproximadamente épica, podría contribuir a despertar emociones y conmiseraciones en el alma del ex marido cuyo perdón buscaba, aparte de a despertar la simpatía del lector convencional, aficionado a sobresaltos y novelerías. La expedición al muy revuelto Flandes, acompañada de una corte muy aparatosa, para tomar unos baños que podía haber tomado en muchos lugares de la segura Francia fue una peripecia peligrosa y desastrosa desde el punto de vista de la estrategia política y militar, pero su rentabilidad literaria, con brillos de eopeya, resulta incuestionable.

Esta y muchas otras cuestiones quedan pendientes de indagaciones futuras, que serán posibles gracias a la publicación de esta nueva edición, de 2016, de las memorias de la reina puestas en español. Es el momento ahora de subrayar que la traducción a nuestra lengua que en 1646 publicó en Madrid don Jacinto de Herrera y Sotomayor, dramaturgo y poeta de segunda fila, bibliotecario y ayuda de cámara del Cardenal Infante don Fernando, está evidentemente meditada y trabajada, pero no logra desprenderse de un estilo tosco y monocorde, de pasajes confusos y de párrafos mal resueltos o poco inteligibles. Se halla precedida, eso sí, por una “introducción” densa y medida, que contiene uno de los desarrollos y justificaciones de los métodos de la historiografía y la traducción más eruditos e inquietos (con sus abundantes notas a pie de página y con su preocupación por cómo sería la recepción de la obra) entre los que nos ha legado nuestro Siglo de Oro:

Lo cual todo me ha movido a trasladarlas en nuestra lengua española (aunque la francesa no es muy ignorada) para que una lección tan provechosa, y poco usada, sea más común a todos. He procurado informar de lo que el libro quiere, solicitándome para explicar su concepto, y no sus voces, que es lo que hace las traducciones más difíciles y más puntuales, y dejando los nombres propios como los escriben (comúnmente) en Francia, para no equivocar su conocimiento. Tiene poco que leer, pero mucho que considerar, siendo más para que cada uno se lo advierta, que para advertirlo a otros, y así dejo de decir muchas cosas, a que me iba convidando lo que he dicho. Desearé haber acertado y estimaré que cualquiera lo mejore, y mucho más, que les sea de algún servicio a los que lo leyeren.

Un buen servicio nos hizo sin duda don Jacinto de Herrera y Sotomayor al traducir y publicar las *Memorias* de Margarita de Valois en 1646. Pero mucho mayor nos lo ha hecho Joaquín Rubio Tovar al empeñarse en volver a sacar a la luz, en 2016, esta muy olvidada traducción de siglos antes. Su estudio preliminar de casi un centenar de páginas, sus profusas y eruditísimas “notas a la introducción de Jacinto de Herrera” (a ellas hay que añadir las que no deja de sembrar a lo largo de todo el texto de las *Memorias* de Margarita), su minucioso desentrañamiento de la biografía de la protagonista, de los entresijos de su corte, del género literario de las memorias áureas (en Francia, en España

y más allá), de las conexiones conflictivas de historia y traducción, de las ideas de la época acerca de los procesos de traducción, de los problemas teóricos y prácticos que esa labor planteaba entonces y plantea ahora, rematado todo con una bibliografía exhaustiva, que suma la cita de las hermenéuticas más actuales a la atingente a los siglos XVI y XVII, convierten a este libro en un tratado de referencia acerca de la traducción en la España y en la Europa del arranque de la Edad Moderna, y también del arte o de la ciencia de la traducción en perspectiva general. Los horizontes y la aportación de Rubio Tovar cobran más altos vuelos y van, sin duda, mucho más allá del puntual trasvase del francés al español, por un ingenio hoy olvidado del XVII, de las memorias de Margarita de Valois que publicita de manera escueta el título del libro.

A mí, que me intereso de manera muy específica por los textos de tradición oral y por su transcripción y edición, me ha admirado y me ha resultado extremadamente útil encontrar en estas páginas reflexiones como la que sigue, que atañen a mi ámbito de actuación por cuanto las pausas enfáticas y estilísticas de las hablas coloquiales que suelo registrar están muchas veces —casi siempre, para ser sincero— no sincronizadas con la puntuación ortográfica que al final acabamos, sin importarnos tanto la violencia con la que obramos como el servilismo a las normas académicas y a las simplificaciones de la lectura convencional, imponiendo:

En mi caso no he mantenido la puntuación del original porque no ayuda a la comprensión del texto. Sin embargo, no he intervenido cada vez que he encontrado párrafos muy largos o incomprensibles, incluso aquellos que resultan ilegibles. En muchos casos resulta imposible resolver la ausencia de puntos y comas con una puntuación caótica, ni se consigue que un fragmento se comprenda mejor introduciendo signos. Cortázar decía que la coma era la puerta giratoria del pensamiento, pero a veces es imposible introducirla y sortear con su ayuda párrafos larguísimos y casi ilegibles que resultan agotadores para el lector actual.

En fin: unas *Memorias* de Margarita, la última reina de los Valois de Francia (su esposo Enrique IV fue ya Borbón, no Valois), para la historia y para los historiadores; y una monografía magistral de Joaquín Rubio Tovar acerca de la traducción, su historia, su casuística y sus problemas, que debería ser objeto de reflexión y de maduración por todos cuantos nos dedicamos —también desde los ámbitos de la historiografía o de la sociología o de la filosofía, no solo desde la filología— a la siempre dinámica y complicada vida de las letras.